

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

IBEROAMÉRICA EN LA EDAD DE ORO DE LA CARTOGRAFÍA

Pedro Cunill Grau (*)

En cancillerías y círculos académicos de los países más avanzados del Continente Americano y del Caribe se analiza la trascendencia de la aparición de un tesoro cartográfico, surgido de los depósitos arcanos de la universidad más antigua del ámbito español. Ello se materializó con motivo de la celebración en octubre del año pasado de la décimoquinta Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno cuando la Universidad de Salamanca editó, en homenaje a sus ilustres huéspedes, un espléndido Atlas, a gran formato y a todo color, intitulado *La Imagen de Iberoamérica en la Edad de Oro de la cartografía*. Esta ofrenda cartográfica es excepcional, resultando indispensable su consulta por los especialistas en materias territoriales en relación a la evolución geohistórica cartográfica de las fronteras coloniales.

La obra es presentada con concisión por Enrique Battaner Arias, Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca, quien continúa con entusiasmo singular la gran labor americanista, con gran empatía a la cultura venezolana, de sus antecesores Ignacio Verdugo y Julio Feroso. En esta presentación el Rector despliega con entusiasmo hitos de la larga relación entre la Universidad de Salamanca y el Continente Americano, que se inició a partir del encuentro de Cristóbal Colón con sabios del Estudio Salmantino con el objeto de establecer la posibilidad de su viaje a la India navegando hacia Occidente. Allí, en 1486 y 1487, los astrólogos universitarios le aseguraron la absoluta imposibilidad de viajar a la India desde España navegando hacia Occidente, puesto que no habría manera de transportar en la expedición marítima los víveres y el agua necesarios para tan larga singladura. Obviamente, Cristóbal Colón no salió para nada satisfecho de su estancia en Salamanca. Este episodio ha sido interpretado por connotados historiadores euroamericanos como muestra del conservadurismo académico y del inmo-

(*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra «R».

vilismo universitario. Battaner, con sutil ironía, le da una lectura diferente: “El estudio Salmantino, sin duda, conocía perfectamente la estimación de Eratóstenes hiciera del radio de la Tierra allá en la Alejandría helenística: medida que se aparta en menos de una décima parte del valor que hoy día damos como real. La Universidad de Salamanca estaba en condiciones de calcular, pues, la auténtica distancia a la que se encontraba la India, a la que habían llegado los portugueses navegando hacia Oriente, y que sería más o menos la suma de los océanos Atlántico y Pacífico. La Universidad de Salamanca estaba en lo cierto; el que se equivocaba era Colón”. Desde nuestra óptica ello es efectivo, aunque la insistencia obstinada colombina le llevó al hallazgo de un continente interpuesto, nuestra América. No llegó a cumplir su pretensión de llegar a Asia, pero su equivocación acerca de las reales distancias marítimas y su genio marinero, junto a otros actores, hicieron realizar su hazaña antillana.

Culmina la presentación del Rector Battaner señalándose la trascendencia de la edición de esta colección de sus fondos cartográficos antiguos. Es un presente de Ediciones Universidad de Salamanca en su colección Tesoro Bibliográfico. Este obsequio a las altas representaciones iberoamericanas es una prueba más de lo que siempre fue, es y será la Universidad de Salamanca, *Hispaniarum Alma Mater*.

No es casual que se haya escogido como viñeta de la portada el grabado del lema y marca de la imprenta en Amberes de la familia Plantino, donde el compás del cartógrafo es dirigido en el diseño por la mano divina, destacándose el lema *Labore et constantia*. Motivo de 1579 que mantiene su plena vigencia en este temprano siglo XXI en las jóvenes promociones de cartógrafos y geógrafos, abiertas a las tecnologías de punta.

La parte básica de este Atlas consiste en una selección de los antiguos y recónditos fondos cartográficos depositados en la Biblioteca General de la Universidad de Salamanca, referidos a la Península Ibérica y al Nuevo Continente de los siglos XVI y XVII. Estas piezas cartográficas han sido cuidadosamente seleccionadas por la geógrafa y catedrática salmantina Dra. María Isabel Martín Jiménez. Ella efectúa, bajo el mismo título del Atlas, un enjundioso ensayo donde explicita las razones de su acertada escogencia de hermosos mapas de Gerhard Mercator, Hondius, Abraham Ortelius y Joan Blaeu. Ha escogido las figuras más representativas de la imagen territorial de América y de la Península Ibérica durante la Edad de Oro de la historia de la cartografía, que recogen el conocimiento desenvuelto en Flandes y los Países Bajos, a partir de Gerhard Mercator, que nace en 1512 en Rupelmonde,

hasta culminar en 1672, cuando se incendia la imprenta de la familia Blaeu en Ámsterdam.

Es de vieja data el interés primordial de la cartografía para la expansión comercial y la geoestrategia, iniciado por Heródoto y sus epígonos. En la Edad de Oro, como lo plantea con propiedad la Dra. Martín Jiménez, el sólido negocio de la confección e iluminación de planos y mapas está relacionado con la intensidad de los flujos comerciales que conforman a Amberes en el principal puerto europeo y “en lugar de intercambio de saberes y, por ende, en el epicentro de la producción y venta de mapas y globos”. Papel similar cumplía Ámsterdam, emporio de productos orientales y americanos. En este contexto es ilustrativo el papel que desempeñaron estos cartógrafos en la difusión del espacio geográfico iberoamericano y de la magnitud de sus recursos naturales; por ejemplo, Felipe II designó a Abraham Ortelius como cartógrafo real. A finales de 1998 concurrimos al Palacio de Villena en Valladolid a la exposición de *Felipe II, un monarca y su época*, especificada en el tema *Las tierras y los hombres del Rey*, y luego al Museo del Prado en Madrid a otra especializada en el ámbito de *Un príncipe del Renacimiento*. En ambas se exhibía la trascendencia de la obra de Abraham Ortelius, junto a otras piezas cartográficas, material profusamente consultado por el monarca, una prueba más del interés del gobierno español en sus posesiones americanas.

En este Atlas son reproducidos a escala original e iluminados diecisiete mapas. La secuencia se inicia con el gran planisferio de Abraham Ortelius *Teatro d'el orbe de la tierra*, 1612, apareciendo con toda claridad los topónimos de Benezul (sic) y Caribana. El segundo corresponde al mismo cartógrafo con una visión general de América intitulado *Americae sive nobis orbis, nova descriptio*, en edición de 1573, con una rica descripción de los topónimos litorales venezolanos. Es esplendorosa la pieza tercera, correspondiendo a Gerhard Mercator con el título de *America Meridionalis* en 1607, incluyéndose una vista de Cuzco imperial, junto a un gran despliegue septentrional de Paria y sus territorios continuos. Las piezas cuarta y quinta corresponden a mapas de España y Portugal, destacando la de Johannes Janssonius de 1653 intitulado *Portugallia et Algarbia*.

A continuación se despliegan mapas regionales americanos. El sexto expresa la magnificencia de la Nueva España en 1579, en una pieza de singular valor efectuada por Abraham Ortelius en 1612. A continuación se reproduce una delicada contribución de Joan Blaeu que cubre Yucatán, Guatemala y Centroamérica en 1662. El octavo corresponde al mismo autor y año con una amplia visión del Caribe insular bajo el título de *Insulae Ameri-*

canae in Océano Septentrionali cum Terris adiacentibus, allí comprobamos la importancia y proyección de la fachada litoral e insular venezolana en este ámbito caribeño.

Diversas tonalidades del verdor neogranadino se expresan en la pieza intitulada *Terra Firma et Novum Regnum Granatense et Popayán*, impreso por Joan Blaeu en 1662. La expresividad andina continúa con una pormenorizada pieza del Perú y otra sobre Chile. De gran interés es la pieza 12 con título de *Tabula Magellanica qua Terrae del Fuego*, efectuada por Joannes Janssonius en 1653, con ilustraciones de bellos dibujos de la caza del avestruz, pingüinos y diversidad de la fauna patagónica, con reveladoras imágenes de las etnias indígenas.

Las comarcas argentinas, paraguayas y bolivianas son cubiertas en su mayor parte en el plano de 1653 de Janssonius con el título de *Paraguay, ó Prov. de Rio de la Plata cum regionibus adiacentibus Tucuman et Sta Cruz de la Sierra*, destacando los enormes espacios vacíos de presencia humana. Ello es similar con la pieza catorce intitulada *Brasilia*, efectuada por Blaeu en 1662. En cambio gran vivacidad se expresa en las piezas quince y dieciséis, correspondientes a Joan Blaeu en 1667 y 1662, donde se señalan densos espacios humanizados en las Prefecturas de Pernambuco, Itamaracá, Paraíba y Río Grande, con estupendos dibujos de transporte de caña de azúcar y de labores en ingenios y molinos azucareros que son fuentes documentales para historiadores económicos y sociales.

La obra culmina con la pieza clásica de Joan Blaeu en su edición de 1667 que corresponde a *Venezuela, cum parte Australi Novae Andalusiae* que presenta la integridad del territorio venezolano desde Trinidad y Nueva Andalucía hasta Río de el Hacha. Es admirable que la ensayista Martín Jiménez reitere la presencia venezolana en dicho límite occidental, citando al mismo cartógrafo: "...y volvemos por un gran círculo hasta la ribera de el Hacha, donde pondremos fin a esta obra" (Joan Blaeu, Douzième volume de la *Geographia Blaviana*, 1667, pág. 102). Valioso material cartográfico salmantino documental que podría servir de base para una gran exposición en Caracas sobre los territorios venezolanos en la Edad de Oro de la Cartografía, al incorporársele otros depósitos que se reconocen en Sevilla y varias ciudades españolas, portuguesas y americanas.